

do acaba de llegar, y yo no puedo separarme de aquí.

DERM. Basta: antes de una hora estaré de vuelta. (*Se oye ruido.*) ¿Qué es eso?

PAT. Es mi familia; retiraos. ¡Ah! Si mi padre llegase á saber mi flaqueza... Adiós, adiós, amigo mío; en vuestras manos encomiendo mi esperanza y mi vida. (*Dermod sale por la verja y sube á la muralla.*) Evitemos las miradas de mi padre, sobre todo las lágrimas de mi madre. Ocultémosles mis padecimientos. ¡Aquí están! ¿Dónde me esconderé? ¡Ah! Entraré en este pabellón... No puedo soportar ya ni su ternura ni su enojo.

(Entra en el pabellón, y Dermod desaparece á lo lejos en el instante mismo en que sale la familia de Dillón de la casa.)

#### ESCENA VII

DILLÓN, ANA, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARIA

ANA. (*A su marido.*) Ya lo ves, esposo mío, nuestro hijo huye de nosotros.

ISAB. Pero, madre mía, ¿qué tiene?

ANA. Isabel, tanto tu padre como yo lo ignoramos, absolutamente.

MAR. ¡Señor Dillón, señor Dillón! Mirad allá abajo el señor Dermod, ¡ese malvado que vuelve loco á nuestro señorito!

DILLÓN. María, te prohibo que hables en esos términos de un hombre á quien apenas conocemos, y á quien mi hijo trata como amigo. ¿Por qué has de suponer en él el designio de perturbar la tranquilidad de una familia de que no puede tener queja?

ANA. Verdad es; pero confiesa que esa amistad tan extraña...

DILLÓN. Me da que pensar, lo confieso: sin embargo, puede ser inocente, y es una injusticia acusar á nadie sin datos... Querida Ana, tratemos de volver á nuestro hijo al seno de unos padres que le adoran por medio de la indulgencia y de la ternura. Pocas reconvenciones sobre todo: es preciso no exasperar un corazón que parece tan próximo á cerrarse á los dulces sentimientos de la naturaleza.

ISAB. No lo creáis, padre mío, nunca ha dejado mi hermano de querernos.

JORGE. Si el amo quisiera hablar á su hijo, yo iría á mandarle...

DILLÓN. No, Jorge: ¡nada, nada de órdenes! Creería comparecer delante de un juez. Esperemos que él venga á hablar á su

padre; la llegada de Eduardo torna la esperanza á mi corazón afligido: la tierna amistad que le une con mi hijo tendrá tal vez más imperio sobre él...

ISAB. Sí, yo os lo aseguro: ya sabéis que Eduardo me da gusto en todo. Pues bien, yo le diré que es preciso que indague la causa de la tristeza de Patricio, y que le restituya á su familia si quiere verme feliz.

ANA. ¡Isabel! (*A su esposo.*) Roberto, no perdamos las esperanzas.

ISAB. Dices bien; recobremos la alegría para recibir á Eduardo.

MAR. Tiene razón la señorita, todo saldrá bien.

JORGE. ¡Ah! En cuanto á eso de recibir al novio de nuestra señorita, creo que tendremos función, algo de baile, y...

ISAB. Sí, madre mía, sí; ¡cuán agradable me sería sorprenderle!

JORGE. Se puede convidar á los amigos de la casa.

ISAB. Sí, para un baile: (*Cortada.*) digo, si mamá lo permite.

ANA. Dispónlo tú, querida Isabel; por hoy te cedo toda mi autoridad.

ISAB. ¿De veras? Pues bien, ya veréis el uso que hago de ella. María, Jorge, Mauricio vamos, pronto, escuchadme todos, voy á daros mis órdenes.

JORGE, MAR. y MAUR. Aquí estamos, señorita, aquí estamos.

(Rodean á Isabel, quien da á cada uno sus instrucciones.)

ANA. (*A su marido.*) Y tú, ¿no saldrás al encuentro á Eduardo?

DILLÓN. Ya tengo dadas mis órdenes con esa misma intención. Efectivamente Eduardo no es un extraño para nosotros; ya es uno de nuestros hijos, y voy á buscarle para traerle á tus brazos.

JORGE. Está entendido, señorita; nada se olvidará. En primer lugar, María va á disponer el cuarto del novio. En cuanto á Mauricio, puesto que él dice que le agrada más, no hay más que poner una cama, como de costumbre, en ese pequeño pabellón.

MAUR. ¡Toma! Es la habitación del jardinero, y puede uno cantar por la madrugada sin miedo de despertar á nadie.

JORGE. En primer lugar, vuelo á convidar á la fiesta á todos los amigos de la casa, sobre todo á los más jóvenes, puesto que se trata de bailar. En cuanto á los preparativos de la función...

ISAB. De todo lo demás yo me encargo con María y Mauricio.

UN CRIADO. Señor, los caballos están prontos.

ISAB. ¡Hola! Padre mío, ¿vais á buscar á Eduardo?

DILLÓN. Sí, querida Isabel. ¡Qué! ¡ya estás toda turbada! Vamos, no pierdas tiempo, da tus disposiciones para la función. Hasta después.

JORGE. (*A quien María trae su bastón y su sombrero, mientras que un criado trae los suyos á Dillón.*) Vamos, vamos, no hay que perder tiempo.

ISAB. ¡Cómo me palpita el corazón!

(Dillón abraza á su hija, saluda á su mujer, y sale con Jorge y el criado. María y Mauricio se llevan á Isabel, que parece estar conmovida; Ana Dillón los deja salir, y vuelve sus miradas hacia el pabellón.)

#### ESCENA VIII

ANA, y poco después PATRICIO

ANA. ¡Preciosa Isabel! Al menos esa es feliz. ¡Ah! Si pudiera decir otro tanto de tu hermano... Está solo en el pabellón. Su padre teme preguntarle; tiene razón, y apruebo su modo de pensar; pero una madre no puede en ningún caso exasperar á un hijo: si yo lo llamase, ahora que todos están lejos...

(Mira si alguien viene. En el interin sale Patricio del pabellón, y cruza la escena como para entrarse en la casa.)

PAT. (*Viendo á su madre, y deteniéndose.*) ¡Dios mío, mi madre!

ANA. (*Volviéndose.*) Aquí está. (*Patricio parece titubear, y después hace un movimiento para alejarse.*) ¡Hijo mío! (*Se detiene, y parece no atreverse á llegar.*) ¿Ya no conoce mi hijo á su madre?

PAT. ¡Ah, madre mía! (*Cae de rodillas, cubriendo de besos sus manos.*) Perdonadme; soy culpable, soy muy culpable: ¡sé cuántas penas os causa mi conducta! No merezco vuestro cariño: soy acreedor al enojo de mi padre: son justas todas vuestras reconvenciones: nunca serán tan grandes como las que me hace mi propio corazón.

ANA. ¡Cruel! Tu padre no está irritado; yo no te dirigiré otras reconvenciones que estas lágrimas que se escapan de mis ojos; pero tú has llenado de amargura el corazón de tus padres: eras su única esperanza, y ya ha desaparecido.

PAT. ¡Ah! Tampoco yo tengo ya ninguna. Madre mía, Isabel no es culpable, no ha aci-

barado como yo vuestra felicidad. Apartad de un desgraciado vuestros ojos afligidos, y depositad en mi hermana sola todo el amor que repartís en el día entre los dos.

ANA. ¿Es decir, que no tiene á tus ojos precio alguno el cariño de una madre?

PAT. ¿No tiene precio? ¡Madre mía! ¿Habéis conocido mi corazón, y podéis acusarle de tan cruel indiferencia? Soy un monstruo, yo que hago correr vuestras lágrimas, y sin embargo daría mi vida por enjugarlas.

ANA. ¿Será cierto, hijo mío?

PAT. Si mi padre supiera cuánto le respeto, si supiese cuán encima del vulgo de los hombres le elevan á mis ojos su bondad y su virtud... Sin embargo, me cree un hijo desnaturalizado, y este corazón lleno de amor no sabe inspirar más que odio.

ANA. ¡Dios mío, qué idea tan cruel! ¿Nosotros aborrecerte? Mira á tu madre; contempla estas facciones alteradas por el dolor, estos ojos de tres meses á esta parte siempre llenos de lágrimas. Llega tu corazón al seno que te ha criado, y pregúntate á tí mismo si puedo aborrecerte.

PAT. ¡Cómo! ¿Mi conducta culpable no ha apurado todavía todo vuestro amor?

ANA. Nunca, nunca: el amor de una madre no conoce término. (*Patricio se inclina sobre la mano de su madre y la besa con entusiasmo.*) Sí, hijo mío, sí; te amamos siempre, te amamos tal vez más, y padecemos como tú con tus penas. Pero, ¡cuánto menos amargas nos parecerían si te determinases á descubrirnos la causa de ellas! Oyeme: ahora estamos solos, nadie puede oírnos; yo guardaré tu secreto, si quieres ocultárselo á tu padre.

PAT. ¡Santo cielo! ¿Qué exigis de mí?

ANA. ¿Tienes de nosotros alguna queja?

PAT. ¡Dios mío, tanta bondad me abruma!

ANA. ¿Estás descontento con tu estado presente?

PAT. ¡Mi estado! ¡Os suplico que no tratéis de penetrar en mi corazón! Yo os prometo que dentro de poco el triste espectáculo de mi dolor dejará de apesadumbraros; sí, mi suerte se va á cambiar, y hoy mismo.

ANA. ¿Qué quieres decir? Hoy mismo, ¿qué?...

PAT. Hoy se acabarán mis penas.

(Ana le mira con inquietud. Patricio oculta el rostro volviéndose.)

ANA. ¡Se acabarán tus penas, hijo mío!

(Se arroja en sus brazos, y le estrecha contra su pecho. Sale Isabel.)

## ESCENA IX

ANA, PATRICIO, ISABEL

- ISAB. (*Alegremente.*) ¡Mamá, mamá! Venid á ver... (*Repara en su hermano y se detiene.*) ¡Ah! Estáis con mi hermano. (*Poniéndose entre los dos.*) Parece que estáis conmovida, ¡y él también! ¿Os ha confesado la causa de su tristeza?
- ANA. No, hija mía, ó se cree tu hermano demasiado culpable, ó no conoce el corazón de sus padres.
- ISAB. ¿Qué decís? Esas reconvenções van á aumentar su aflicción. (*A su hermano.*) ¿Sabes que ha llegado Eduardo?
- PAT. Sí, Isabel, y participo en esta ocasión de tu alegría.
- ISAB. Estamos disponiendo una función: espero que no nos dejarás hoy... ¡Oh! Yo te lo suplico por Eduardo y por mí.
- PAT. ¡Por tí! Sí, Isabel, me quedaré: seré testigo de tu felicidad y de la de mi tierna madre.
- ISAB. (*A su madre.*) ¿Lo veis? Cede á una sola palabra que le he dicho. Pero venid, venid, porque, aunque me habéis cedido hoy toda vuestra autoridad, aun hacéis falta para disponer una porción de cosas.
- ANA. (*A Patricio.*) Hijo mío, nada exijo de tí: pero ten compasión de tu padre; ocúltale tu pena, ó descúbrela la causa francamente. (*Se entra con Isabel en la casa. Se ve á Dermot venir hacia el jardín.*)

## ESCENA X

PATRICIO, DERMOT

- PAT. Mi madre tiene razón, ya es tiempo de poner término á mis pesares; pero, ¿cómo revelar la causa? ¡Oh, si el padre de Hortensia consintiese! Entonces se lo confesaría todo á mi padre. Pero si es preciso renegar... (*Dermot entra.*) ¡Cielos! Entonces ya está decidida mi suerte.
- DERM. (*Lentamente.*) ¡Solo está! Vamos, es preciso triunfar.
- PAT. No me atrevo á preguntarle...
- DERM. Amigo mío, os traigo temblando la respuesta que yo temía.
- PAT. ¿Rehusan mis ofertas?
- DERM. En cuanto llegué, toda la familia se reunió, y el temor y la impaciencia estaban pintados en las miradas que todos me dirigían. Saqué la carta fatal, y faltándome el ánimo para hablar, la entregué silenciosa-

- mente á su padre. Disculpadme si no entro en los pormenores de una escena harto dolorosa; la conmoción que siento todavía os dice lo bastante.
- PAT. ¿Conque ya no hay esperanzas?
- DERM. ¡Ninguna! Hortensia, abandonada al sentimiento, se ha decidido á ocultarse en un retiro; allí perecerán sin duda, víctimas del dolor, su juventud y su hermosura, y desaparecerán para siempre á los ojos de los hombres.
- PAT. (*En la mayor desesperación.*) ¡Hortensia, Hortensia!
- DERM. (*Con energía.*) ¡Desdichado! ¿Y habéis de ser vos mismo su verdugo? En la flor de su juventud, adornada de todas las gracias, ardiendo por vos en el más fino amor, ¡la llevaréis á la tumba vos mismo con vuestras propias manos! No, nunca ha podido ella creerlo, ¡su corazón, su mismo amor la impiden acusaros de tanta crueldad! sus miradas me lo decían al separarme de ella, y en fin, ¡yo mismo quiero ver cómo os atreveréis á llevar á cabo tan horrendo crimen! Dejemos á otros corazones más insensibles enredarse en vanas discusiones; yo apelo de vos mismo, á vuestra propia conciencia, á la voz de la naturaleza, que resuena ya en vuestra alma. ¿Os manda Dios que inmoléis sin piedad á la criatura más perfecta? ¿Manda que bajéis los dos al sepulcro en lo mejor de vuestra vida? ¿Y cuándo? ¡Ah! amigo mío, ¿no conocéis que ese sentimiento que llena vuestra alma si no os decidís amargará vuestra existencia? Triunfad de vuestro terror, ceded á su imperio. Venid, venid á restituir la felicidad á una familia desesperada, venid á contemplar vos mismo aquella víctima sensible que muere si la abandonáis, y á quien una sola palabra vuestra puede salvar todavía de la tumba que la espera, y muy en breve... Venid. (*Procura arrastrarle.*)
- PAT. ¡Ah! ¿Qué es lo que me mandáis?
- DERM. Que sigáis los impulsos de vuestro corazón.
- PAT. ¡Mi corazón! Si me atreviese á seguirlos, ya estaría á los pies de Hortensia; pero ¡abjurar! Dios mío, ¿con qué cara se lo confesaré á mi padre? ¿Cómo arrostrar sus miradas, su indignación tal vez? Amigo mío, nunca, nunca me atreveré.
- DERM. ¿Nunca os atreveréis? Basta, ya he leído

- en vuestro corazón... Acabáis de dar vos mismo vuestro consentimiento, á la amistad toca ahora concluir lo que empezó el amor.
- PAT. ¿Qué decís?
- DERM. Sí, ya os comprendo, teméis el escándalo, no queréis afligir á vuestro padre, vaciláis entre el amor y la naturaleza; en hora buena, el cielo me inspira un medio para conciliar todos vuestros deberes. Esta noche, con el mayor silencio, con el más profundo secreto, sin pompa, sin testigos, nos reuniremos en el templo inmediato...
- PAT. ¡Ah!
- DERM. Nadie lo sabrá. Vuestra misma esposa, satisfecha y tranquila, favorecerá nuestro



- misterio. Ya dichoso, cesaréis de afligir á vuestra familia, y renacerá para todos la felicidad. ¿Cómo? ¿Aun vaciláis? ¿Tembláis?
- PAT. ¡Cruel!
- DERM. Acordaos del dolor de Hortensia, de su amor... Reflexionad que tal vez expirante...
- PAT. Basta, basta, Dermot; Hortensia triunfó: corred: volad, no me deis tiempo para avergonzarme de mí mismo. (*Cae abrumado sobre un banco del jardín á la izquierda.*)
- DERM. ¡Triunfé! (*Alto.*) Vuelo á llevar á vuestra querida la prenda de su felicidad. ¡Vamos á disponerlo todo para la ceremonia! ¡Mañana todo Dublín sabrá mi victoria! (*Sale precipitadamente.*)

## ESCENA XI

PATRICIO

- ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que he hecho? ¿Al fin he consentido? No, no; ¡no abuséis de mi

enajenamiento, Dermot! (*Se levanta y le busca.*) ¡Dermot! ¡Cielos, marchó ya! Corramos... ¿Qué he de decirle? ¿Yo, yo he prometido ser apóstata? ¡Jamás! Padre mío, vos me perdonaríais, lo sé, pero vuestro corazón quedaría despedazado. ¡Ah! ¿Y quiero menos á Hortensia? ¿He de sacrificarla? ¡Mi desgracia ha llegado ya al colmo! De cualquier manera he de ser un bárbaro... ¿Yó perjuro? tal vez está ya Dermot en el templo, y mañana... ¡Qué escándalo! ¿Dónde huiré? ¿Dónde me esconderé? La muerte, sólo la muerte (*Reflexionando*), sí, la muerte; ya hace tiempo que me reclama como su víctima; ¡debo morir! (*Ruido fuera y en la casa.*) ¿Dónde estoy? ¿Qué ruido es éste? ¡A mí, á mí me buscan sin duda para abrumarme con sus reconvenções, para llamarme perjuro! (*Llega hacia la verja para salir.*) ¡Huyamos! ¡Dios mío, mi padre!

(*Retrocede hacia la escena, y se detiene espantado; Dillón, Eduardo y algunos criados entran por la verja; Ana, Isabel, María y Mauricio vienen de la casa.*)

## ESCENA XII

DILLÓN, ANA, EDUARDO, PATRICIO, ISABEL, MARIA, MAURICIO, algunos criados, y después JORGE. (María y Mauricio vienen, llegan los primeros y miran por la verja.)

- JORGE. Ahí está, señora, ahí está; él es.
- ED. (*Corriendo á Ana, y besándole la mano.*) Señora, permitidme que os dé el dulce nombre de madre.
- ANA. (*Cogiendo la mano de Isabel y presentándola á Eduardo.*) Sí, querido Eduardo; Isabel y sus padres os dan ese derecho.
- ED. ¡Adorada Isabel! ¿Conque es cierto?...
- ISAB. Eduardo, yo siempre he creído todo lo que dice mi madre. (*Patricio está sumergido en su dolor; Ana lo observa.*)
- MAUR. (*A María.*) ¡Qué bien mandada es!
- MAR. ¡Toma! Todas las chicas lo son cuando se trata de eso.
- DILLÓN. (*Cogiendo la mano de su hijo.*) Hijo mío... (*Patricio se estremece y trata de serenarse.*) ¿No abrazas á Eduardo, tu amigo, tu hermano dentro de poco?
- PAT. Sí, padre mío. (*Alzando la voz.*) ¡Querido Eduardo!
- ED. ¡Caro amigo! (*Se abrazan.*)
- ANA. (*A su marido.*) Su corazón es el mismo.
- PAT. (*Con tristeza.*) Vas á enlazarte con mi hermana... Mis padres te quieren... Eduardo, ¡sé para ellos un verdadero hijo! La felici-

dad de Isabel y de toda mi familia es mi primer deseo. (*Entra Jorge sofocado y sudando.*)

MAR. Ya está aquí mi padre. (*Coge su sombrero y su bastón.*)

JORGE. Todas las personas que la señorita me ha enviado á convidar van á ir llegando casi detrás de mí para dar la enhorabuena á la novia: ¿dónde se las recibirá?

ISAB. Aquí mismo; todo lo tengo dispuesto ya para la función.

(Patricio se ha alejado á la llegada de Jorge; su misma agitación le hace vacilar, y se apoya contra un árbol.)

ANA. (*Que le observa.*) ¡Santo Dios! (*Corre hacia él.*) Hijo mío, ¿qué tienes?

(Todos se acercan y le miran inquietos.)

PAT. Madre mía, no os asustéis... No puedo negarlo; padezco demasiado; un fuego extraño me devora y me consume... Permittedme que me aleje... Yo perturbaría la función de mi hermana.

ANA. ¿Función? ¿Puede haberla para tu madre?

PAT. ¡Adiós, padre mío! ¡Permittedme que bese vuestras plantas antes de dejaros!

(Se arroja á sus pies.)

DILLÓN. (*Levantándole.*) ¿Qué haces? Nunca tus padres te han cerrado su corazón.

PAT. ¿Me perdonáis?

DILLÓN. Patricio, aquí todos te queremos: tú solo eres el que...

(Ana le hace señal para que no le diga ninguna palabra demasiado áspera.)

ISAB. (*A Jorge.*) Ya me pesa haber pensado en esta diversión.

JORGE. Pues ya está aquí la gente.

PAT. ¡Adiós, Isabel! Eduardo, ¡consuela á mis padres!

(Se aleja rápidamente.)

ANA. Jorge, sigue á mi hijo, observa todas sus acciones, y no te apartes de él.

JORGE. No tengáis cuidado, señora; os avisaré si sucediese cualquier cosa.

(Se ve ir llegando la gente para el baile por diversas partes.)

### ESCENA XIII

ANA, ISABEL, DILLÓN, EDUARDO, MARÍA, MAURICIO, criados, toda la sociedad, y después JORGE

(Los criados traen sillas, que colocan á los dos lados, mientras que la gente va entrando y saluda á la familia de Dillón y á Eduardo. Todo el mundo se coloca. Baile, etc. En el último término, en el momento en que concluye, se ve á Jorge que vuelve de fuera, y Ana sale á su encuentro.)

ANA. Y bien, Jorge, ¿qué hace mi hijo?

JORGE. Tranquilizaos, señora; está mucho me-

jor, y al parecer más sereno: ha escrito, con bastante agitación, una carta que debe ser muy corta, según lo poco que ha tardado en escribirla.

ANA. ¿Una carta? ¿A quién?

JORGE. Lo ignoro, porque se ha empeñado en salir él mismo para entregarla á un mozo. En seguida se ha entrado en su cuarto, como de costumbre, y me ha suplicado que le dejase solo, porque tenía gana de descansar.

DILLÓN. ¡Extraña conducta! Esa carta debe encerrar algún arcano.

ED. Espero que consigamos aclarar ese misterio.

(Durante este tiempo la sociedad se dispone para retirarse.)

DILLÓN. Jorge, saca luces.

(Se quitan los asientos: varios criados sacan hachones de viento; la sociedad se retira después de los cumplimientos de costumbre, y un lacayo alumbra cada grupo con un hachón; toda la familia de Dillón acompaña hasta fuera de la verja á los concurrentes más íntimos, que salen los últimos, hasta perderse de vista por entre los árboles: Jorge, Mauricio y María salen también y hasta la verja, desde donde ven pasar los diversos grupos. Mientras que todos están á esta distancia sale Patricio furtivamente de la casa en un desorden moral extraordinario.)

### ESCENA XIV

PATRICIO, solo en el jardín, las demás personas fuera de la verja.

Cesó el ruido del baile: todo el mundo se ha marchado; la oscuridad es profunda; vamos, prevengamos la deshonra. Todo lo he previsto; allí... (*Señalando al pabellón.*) Sí, allí será... No tendré testigos... No perturbaré el descanso de mi padre... Mañana... Es preciso... Vamos... Que no me encuentre ya Dermot á su regreso... Gente viene: ¡mi familia! (*Subiendo al pabellón.*) ¡Padre mío! ¡Querida madre! ¡Adiós... Para siempre... ¡Adiós! (*Entra en el pabellón.*)

### ESCENA XV

DILLÓN, ANA, ISABEL, EDUARDO, JORGE, MARÍA, MAURICIO

JORGE. ¡Eh! ya se marchó todo el mundo; ¡se va haciendo tarde!

MAR. (*Saliendo del vestíbulo.*) Todo está corriendo en el cuarto del señor Eduardo.

DILLÓN. Vamos, hijos míos; entremos en casa; mañana la aurora alumbrará vuestros desposorios, y los vuestros también, amigos míos; y ese día será completamente feliz, tanto para vosotros como para vuestras

familias. Jorge, cierra todas las puertas. JORGE. (*Con importancia.*) Es mi costumbre, señor Dillón; nunca me acuesto sin hacer antes mi visita general de todas las dependencias de la casa.

(Dillón aprieta amistosamente la mano de Eduardo, mientras que su mujer abraza á Isabel; Eduardo da la mano á Ana; á Isabel la acompaña su padre y van entrando en la casa.)

### ESCENA XVI

JORGE, MARÍA, MAURICIO

JORGE. Ahora bien, es preciso tratar de dar cama á este muchacho.

MAUR. ¡Oh! Por eso no os apuréis, porque yo, si queréis, no me acostaré.

MAR. ¡Pues!

MAUR. Como soy, María; estoy tan contento y tan satisfecho... que estoy seguro de que no voy á dormir: conque así...

MAR. Cabalito; ¡para que amanezcas mañana con la cara tan larga, y con tantas ojeras!... Pues yo quiero que duermas.

JORGE. ¡Pardiez! Eso pronto está compuesto; no hay sino poner una cama.

MAR. Vos, padre, podéis ir cerrando las puertas, y entretanto yo haré lugar para ponerla en ese pabellón.

MAUR. Y yo voy contigo.

MAR. No es necesario.

JORGE. Vamos, despáchate... (*Mauricio quiere seguirla; se establece entre los dos una pequeña lucha para impedirselo*), mientras que yo voy á buscar la llave grande para cerrar la verja.

(Entra en el vestíbulo de la casa, y María en el pabellón; Dermot baja de la muralla y se dirige hacia la verja.)

MAUR. (*Solo.*) ¡Hola! ¿Quién pasa por allí? ¿No es un hombre? (*Se oyen gritos y ruido en el pabellón.*) ¿Qué voces son estas? ¡San Jorge! ¿Qué será?

MAR. (*Sale del pabellón.*) ¡Ay, padre mío, padre mío!

JORGE y MAUR. ¿Qué es eso, qué es eso?

MAR. ¡Un hombre!... ¡Un hombre asesinado!

JORGE. ¡Un hombre asesinado!

MAUR. ¡Dios mío!

MAR. (*Señalando con espanto.*) Allí... allí... (*Corre hacia la casa.*) Señor Dillón, socorro, socorro.

(Dermot se apresura á bajar hacia la verja, Jorge y Mauricio entran en el pabellón.)

### ESCENA XVII

DERMOD (*Abre de repente la verja, pero no da un solo paso.*)

¡Un hombre asesinado en la casa de mi enemigo! Observemos.

(Se queda junto á la verja. Jorge y Mauricio salen del pabellón. Casi al mismo tiempo acude corriendo toda la familia, Dillón detrás de María.)

### ESCENA XVIII

DILLÓN, ANA, EDUARDO, ISABEL, JORGE, MAURICIO, MARÍA, DERMOT

JORGE y MAUR. (*Salen dando un grito de espanto.*) ¡Ah!

JORGE. ¡Es el señorito!

DILLÓN. (*Precipitándose en el pabellón.*) ¡Un asesinato! ¡En mi casa!

JORGE. (*Oponiéndose al paso de Ana, que acude con Eduardo.*) ¡Ah, señora, no os acerquéis, yo os lo suplico!... ¡Retiraos!

ANA. ¿Yo no? ¿Por qué?

ISAB. (*Llegando la última.*) Madre mía, madre mía, mi hermano no está en su cuarto.

ANA. (*A quien todos tratan de contener.*) ¡Mi hijo! ¡Ah! ¡Dejadme, dejadme! (*Corre hacia el pabellón; pero al llegar sale Dillón en un desorden espantoso. Al verle se detiene, y da un grito de horror adivinando su desgracia en los ojos de su esposo.*) ¡Ah! ¡Mi hijo ya no existe!

(Cae desmayada en los brazos de Jorge; Eduardo la sostiene.)

ISAB. (*Queriendo entrar.*) ¡Hermano mío!

(Corre hacia el pabellón, Dillón la contiene cogiéndola un brazo. Consternación general. Dermot da algunos pasos, lo observa todo, y cae el telón al completarse este cuadro final.)